

De un gol de Mario Benedetti a un travesaño de Juan Villoro. *El fútbol como materia filológica*

José M. Domínguez Búrdalo

Miami University, Oxford, Ohio
EE. UU.

Resumen: Este artículo pone a jugar juntos a Mario Benedetti y Juan Villoro. Juegan en el campo de la literatura, compartiendo como trasfondo el fútbol a través de una hermanada pasión por el juego. Pero donde Benedetti se recrea en el sentir más lúdico y canchero del rectángulo (el del césped y el del papel), Villoro retrata un deporte de alma podrida (en el césped). Los cuarenta años que separan la redacción de ambos cuentos sirven como ajustados retratos de las épocas, moderna y postmoderna, que los acunan. Por lo demás, la comunicación que Villoro parece establecer con el texto de Benedetti vale igualmente no sólo para dejar constancia de la grandeza del fútbol como materia literaria sino también para atacar en defensa de todo aquel quehacer filológico que tome en buena consideración al fútbol.

Palabras clave: Benedetti, Villoro, fútbol, modernidad, postmodernidad.

From a Goal by Mario Benedetti to a Crossbar by Juan Villoro. *Football as a Philological Subject*

Abstract: This article invites Mario Benedetti and Juan Villoro to play together. They play in the literature pitch, having soccer as a background and sharing a passion for the game. However, while Benedetti amuses himself with the most festive and aficionado aspects of the rectangle (on the field and on paper), Villoro depicts a sport with a rotten soul (on the field). The forty years that separate the writing of both stories serve as accurate portraits of the modern and postmodern times respectively, that cradle them. Despite the differences, the communication that Villoro seems to establish with Benedetti's text is equally valuable to attest to the nobility of soccer as literary material, and to attack in defense of any philological enterprise that may take soccer into good consideration.

Keywords: Benedetti, Villoro, soccer, modernity, postmodernity.

Sabido es que la historia de la literatura se asienta sobre el pilar de disquisiciones establecidas en torno al estudio de fuentes, influencias, ejemplos y tendencias de los que se nutre un texto para ser precisamente ese texto, así vaya esa influencia del más sutil detalle a la rehechura menos contemplativa. Valga como simple ejemplo la relación que se puede establecer entre el Góngora del soneto CLXVI (“Mientras por competir con tu cabello”) con el previo Garcilaso del soneto XXIII (“En tanto que de rosa y azucena”) de entre un conjunto de casos referibles que son en la práctica incontables. Sabido es también que el estudio de todos estos entresijos textuales ganó en profundidad de campo, gracias al empeño puesto por la filología desde comienzos del XIX, cuando se erigía como la “ciencia que estudia las culturas tal como se manifiestan en su lengua y en su literatura, principalmente a través de los textos escritos”¹. No obstante, ni el vocablo ni su definición obstan a reconocer que el interés por esa materia antecedió en siglos a la fijación de la susodicha nomenclatura. Así se traducía, en efecto, en el predicamento del concepto de *auctoritas*, que la RAE define como “[t]exto, expresión o conjunto de expresiones de un libro o escrito, que se citan o alegan en apoyo de lo que se dice”². Si bien el significante latino y el español difieren no poco en alcance, no es posible pasar por alto que esta ‘autoridad’ remite a la clásica ‘auctoritas’, que definiríamos como aquella fuente de índole moral (frente a la *potestas*, que lo era de índole legal) socialmente reconocida sobre la que se sustenta la legitimación de un parecer, sea éste de la índole que sea. En otras palabras, la autoridad era la fuente a seguir.

Atento a este trasfondo, en el trabajo que hoy me ocupa me gustaría presentar el fútbol como materia literaria en castellano digna de la más alta consideración filológica. Para hacerlo, nada quizá más propio que fijar un comienzo que se posicione a su vez como *auctoritas*, si no necesariamente a emular en estilo, sí a tener en cuenta; pero sobre todo a reconocer como tal. Dicha prerrogativa me gustaría otorgársela al gran poeta uruguayo Mario Benedetti; en concreto, a su cuento «Puntero izquierdo», que salía impreso por vez primera en 1954 (*Montevideanos*), constituyéndose en el que considero primer gran artefacto literario de ficción que tomaba al fútbol como materia prima. Pero quisiera proponer, además, que antes de hacerlo yo, la misma prerrogativa debió de concedérsela, aunque también desde el

¹ RAE, <https://dle.rae.es/?id=Hvlsfm3> (consultado 25-II-2019).

² RAE, <https://dle.rae.es/?id=4UNmzWP> (consultado 25-II-2019).

campo de juego de la ficción, el escritor mexicano Juan Villoro. Lo digo porque un cuento suyo, «El extremo fantasma» pareciera escrito mirando de soslayo el cuento de Benedetti. El del mexicano, que éste publicaría más de cuarenta años después en *La casa pierde*³, había ya visto la luz (inédito hasta entonces) en una obra fundamental para entender la buena sintonía entre fútbol y literatura en castellano que existe hoy en día. Me refiero a los *Cuentos de fútbol* que Jorge Valdano editaba en 1995⁴, volumen en el que lo colocaba precisamente como una especie de extremo fantasma (es decir, como el último de la formación, o sea, el 11 en una alineación “clásica”).

Sostendré que entre el cuento de Villoro y el de Benedetti se establece una comunicación que trasciende lo estrictamente futbolístico, al fijar con palabras el espíritu esquivo de un balón que sirve como golpeada metáfora para encarnar dos épocas, que bien podríamos catalogar como moderna, para el caso del uruguayo, y posmoderna, para la del mexicano. Sostendré, asimismo, que ambos cuentos ejemplifican la esquivada trayectoria trazada por el fútbol en las letras hasta llegar a los años noventa, cuando se pasaba página a la preferentemente abierta hostilidad (mayor cuanto más atrás en el tiempo) y comenzaba a abrazarse como materia humanística de altos vuelos y, *per se*, como excelente conductor para la disección de la sociedad que lo engendra y a la que engendra.

METAFÓRICOS REGATES

Que sesenta años después de que Benedetti publicara por primera vez «Puntero izquierdo» podamos hablar de fútbol y literatura en una revista académica como el *Boletín Hispánico Helvético*, sin riesgo de ser exiliados de la universidad, no debe llevarnos a engaño, pues no siempre ha sido así⁵. Tres son los

³ Villoro, Juan: *La casa pierde*. Madrid: Alfaguara, 1998.

⁴ Villoro, Juan: «El extremo fantasma», en: Valdano, Jorge (ed): *Cuentos de fútbol*. Madrid: Alfaguara, 1995, pp. 357-376.

⁵ Me remito a un artículo actualmente bajo consideración por la Asociación de Hispánica de Humanidades para el volumen *Aportaciones y retos de la tradición cultural hispánica en una sociedad global* (2019). En el mismo, detallo cómo ha llegado el fútbol en tanto que materia humanística a formar parte del *curriculum* académico de muchas universidades en los EE. UU. Entre ellas, y a modo de explícita referencia, encontramos siete de las ocho universidades *Ivy League*. A saber, Harvard University: «The Global Game: Soccer, Politics, and Popular Culture»; Princeton University: «Soccer and Latin America: Politics, History

flancos en los que me centraré con brevedad para fijar el estado de la cuestión: los dos primeros son de índole política, abordando las críticas al fútbol tanto desde la izquierda como desde la derecha del arco ideológico; el tercero, que compartiría un tanto con ambas orientaciones, fija la atención en la relación entre fútbol y letras sobre fútbol, lamentando la falta de clase en éstas, cuando aquél comenzaba a despuntar en las décadas de los veinte y treinta del pasado siglo. De esta forma, ponemos en perspectiva la historia de la literatura sobre el fútbol contextualizándola, para así realizar la aparición del cuento de Benedetti como si de una isla se tratara.

Desde el lado más a la izquierda del arco político, arranco trayendo a colación una cita publicada por la revista anarquista argentina *La protesta*, donde se escribía en 1917 contra la “perniciosa idiotización a través del pateo reiterado de un objeto redondo [...] misa y pelota: la peor droga para los pueblos”⁶. Me valgo de esta cita en particular porque sirve a la perfección para fijar el estado de una cuestión que, casi un siglo después, pareciera sustentada exactamente sobre los mismos motivos y términos, según dejaba constancia Terry Eagleton, poco antes de que comenzara el Mundial de Sudáfrica (2010):

Over the centuries, popular carnival throughout Europe [...] could be a genuinely anarchic affair, a foretaste of a classless society [...] but for the most part football these days is the opium of the people, not to speak of their crack cocaine. Its icon is the impeccably Tory slavishly conformist Beckham. The Red are no longer the Bolsheviks. Nobody

and Popular Culture»; Yale University: «Soccer and Global Culture»; University of Pennsylvania: «From Oil Fields to Soccer Fields: The Middle East in the 20th Century»; Columbia University: «Soccer Analytics»; Brown University: «Sports and Culture in Latin America»; Cornell University: «Literature, Sport, and Ideology». En todas ellas, salvo en Cornell (que comparte escaparate con otros deportes), el fútbol campa a sus anchas. Quizás por esto mismo las entradas que recogen la palabra *soccer* en la web de la MLA (International Bibliography) superen ya las 430.

⁶ Taringa.net, «30 definiciones de fútbol», 26-V-2011, https://www.taringa.net/+deportes/30-definiciones-de-futbol_x6x57 (consultado 1-XI-2018). Desde dentro del mismo anarquismo argentino, poco después esta percepción cambiaría, forzada por la atracción que los trabajadores deparaban al fútbol. De hecho, en Argentina, equipos como Argentinos Juniors, Chacarita o Independiente tienen su origen ligado a grupos anarquistas o de corte izquierdista. En México, el Atlas es el mejor exponente de este viraje, como atestigua su mismo escudo.

serious about political change can shirk the fact that the game has to be abolished.⁷

Esta “idiotizada” valoración del fútbol, sin embargo, ha tenido notorios detractores entre intelectuales comprometidos con posiciones izquierdistas, tales como el premio Nobel de literatura Albert Camus y el reconocido director italiano Pier Paolo Pasolini, entre otros muchos. Al primero, guardameta en sus tiempos universitarios, le leímos diciendo que “cuanto de importante sabía acerca de la moral humana lo había aprendido en el fútbol”, según recoge Paul Ingendaay en el prólogo a *Salvajes y sentimentales*, de Javier Marías⁸. El segundo no le va a la zaga en fuerza, sirviendo además su cita para vincular balón y palabra, pues Pasolini, sabedor de que «Il calcio “è” un linguaggio con i suoi poeti e prosatori», artículo que publicaba por primera vez en el *Il Giorno* el 3 de enero de 1971, echaba aquí también mano de su poética condición para proclamar que “[e]l pichichi de la liga es siempre el mejor poeta del año”⁹, algo de lo que Benedetti ya había dejado constancia con casi veinte años de antelación al publicar «Puntero izquierdo».

En el bando que Eduardo Galeano tildará, como veremos, de elitismo de derechas, sobresale la figura de Jorge Luis Borges. Entre los aficionados a la materia, muy conocida es su abierta antipatía por el fútbol, que valdría condensar en el siguiente aforismo: “El fútbol es popular porque la estupidez es popular [...]. Once jugadores contra otros once corriendo detrás de una pelota no son especialmente hermosos”¹⁰. Ciertamente, ni ética ni estéticamente hablando la cita merece hermenéutica alguna; pero más allá de por su condición de cita germinal para esta

⁷ Eagleton, Terry: «Football: A Dear Friend to Capitalism», *The Guardian* (15-VI-2010), <https://www.theguardian.com/commentisfree/2010/jun/15/football-socialism-crack-cocaine-people> (consultado 1-XI-2018).

⁸ Marías, Javier: *Salvajes y sentimentales*. Barcelona: Mondadori, 2011, p. 9.

⁹ Pasolini, Pier Paolo: *Sobre el deporte*. Barcelona: Contra, 2017, p. 60.

¹⁰ Redacción: «Borges y la pelota», *El Gráfico*, 12-VII-2016, <https://www.elgrafico.com.ar/articulo/1089/11242/borges-y-la-pelota> (consultado 1-XI-2018). Si como muestra vale un botón, me remito a la forma con la que *El Gráfico* refuta esta poco considerada opinión de Borges respecto al fútbol cuando introduce el referido artículo, resaltando el hecho de que el escritor muriera 48 horas antes de que Maradona marcara el gol más visto y apreciado en la historia del fútbol, el segundo que le hacía a Inglaterra en el Mundial de México de 1986, apenas unos años después de finalizada la Guerra de las Malvinas. Hablamos del gol (argentino) que muy probablemente más literatura haya generado jamás.

vertiente elitista del espectro político, no quisiera pasar por alto una mención a la publicación que la acoge. Me refiero a *El Gráfico*, revista deportiva argentina cuya indiscutible prosapia ha devenido fundamental para ir dejando atrás esa malquerencia balompédica borgiana.

Con todo, aún queda trabajo por delante, como se infiere de lo acontecido en la pasada FILBO (Feria Internacional del Libro de Bogotá), según dejara constancia el diario colombiano *El Tiempo* el 2 de mayo de 2018. Argentina, país invitado, había construido un pabellón que se asemejaba a un campo de fútbol y era presidido por un lema ciertamente futbolero: “La literatura argentina sale a la cancha”¹¹. La idea, al parecer en el haber del mismo ministro de cultura argentino, Alejandro Pablo Avelluto, fue refutada en conferencia pública por el director de la Biblioteca Nacional argentina, Alberto Manguel, quien pedía perdón por tan “vergonzoso escenario”, viniendo así a erigirse en doble heredero de un Borges que pareciera aquí continuar instigando la bifurcación de caminos en la Argentina, pues no satisfecho con lo ya referido, así de sarcástico se manifestaba Manguel sobre el caso al referir con sorna:

(c)elebramos seguramente esos notables futbolistas Borges, Bioy Casares, Alejandra Pizarnik, Cortázar, desde el Martín Fierro en adelante [...] pero les pido de nuevo disculpas por ese gesto tan absurdo de populismo.¹²

Al igual que antes me servía de Camus y Pasolini para contrarrestar cierto desafecto izquierdista, me valgo ahora del filósofo británico Andrew Lambert para hacer lo propio ante Borges (y Manguel). En su artículo, editado en el libro *Soccer and*

¹¹ Restrepo, Carlos: «Abre sus puertas la Feria del Libro, con sabor gaúcho», *El Tiempo*, 17-IV-2018, <https://www.eltiempo.com/cultura/musica-y-libros/argentina-pais-invitado-de-honor-a-la-feria-internacional-del-libro-de-bogota-205914> (consultado 1-XI-2018).

¹² *El Tiempo*: «Polémica en Argentina por mezcla de fútbol y literatura en la Filbo», 2-V-2018, <https://www.eltiempo.com/cultura/musica-y-libros/director-de-biblioteca-argentina-pide-perdon-por-pabellon-de-futbol-en-la-filbo-212436> (consultado 1-XI-2018). Citando a periodistas como Nicolás Cayetano, Alberto Wall y Jorge de Asís, advierte también el citado artículo el “desaire espectacular” de Manguel a Avelluto, su jefe. De hecho, y es lo que me interesa destacar, Asís fue más al fondo de la discusión al señalar que esta crítica “instala, en la frivolidad de una Feria, y al cohete, la pomposa distancia que persiste entre la versión elitista de la literatura y la cultura y otra —digamos— popular”.

Philosophy, Lambert trata de explicarse y explicarnos por qué el fútbol tiene el predicamento que tiene en nuestra sociedad. Me limito a iterar los apartados más llamativos de una argumentación que se yergue en las antípodas del sentir borgiano, pues para Lambert el fútbol atesora y hace posible:

the possibility of finding comfort in beauty; [...] the need of catharsis [...]; the desirability of maintaining a sense of belonging [...]; the ability and willingness to take part in a public discourse [...]; a need to generate altruistic concern and to maintain an appropriate regard for others.¹³

El tercero de los sub-apartados con el que cierro esta sección es de especial significación, al poner el punto sobre esa í que relaciona fútbol y literatura (o falta de literatura). Me sirvo para ilustrarlo de Miguel de Unamuno, tanto por ser el intelectual de mayor predicamento en el mundo hispano allá cuando el fútbol comenzaba a despuntar en la década del veinte, como por la vehemencia con la que el rector salmantino se despachaba hacia el balompié (y esto, a pesar de ser tío abuelo del goleador más efectivo de la década del veinte, Rafael Moreno Aranzadi, Pichi-chi):

¡El deporte de ver jugar, claro! y no el de jugar. Porque hay ya el «aficionado» futbolístico, que no da patadas al pelotón, pero acaba por convertir en un pelotón su cabeza en fuerza de discutir jugadas y jugadores. Y el daño mayor que está haciendo el *football* entre los chicos no es en el cuerpo, sino en la inteligencia.¹⁴

Junto al desprecio por frívolo que manifestara hacia la creciente profesionalización del deporte (nunca hacia el juego), quizás el mayor de los reparos que ponía Unamuno al despegar del fútbol estribaba en la pobre correspondencia entre éste y la palabra impresa. En la recopilación que Mariano J. Camacho hace de la relación entre Unamuno y el *football*, leemos esta sugerente llamada de atención:

¹³ Lambert, Andrew: «The Way of the Football Fan as the Life of Virtue» en: *e*, Open Court Publishing, 2010, pp. 218-220.

¹⁴ Camacho, Mariano J.: «Unamuno y el football», *Cartas esféricas*, 28-IX-2009, <https://cartasesfericas.wordpress.com/2009/09/28/unamuno-y-el-football/> (consultado 1-XI-2018).

José M. Domínguez Búrdalo

Y si al menos tuviésemos un Píndaro que cantase a los grandes jugadores como el gran Lírico Beocio cantó a los vencedores de los juegos Olímpicos, píticos, neméos [sic] o ístmicos, nos quedarían al menos esos cantos. Pero la literatura que el football provoca es tan ramplona como la que provocaban las corridas de toros.¹⁵

Ciertamente no todo el mundo compartía esta opinión sobre una época donde la palabra era, en las más de las ocasiones, el único medio de transmitir lo que acontecía en el campo de juego. Carlos Arribas, sobre el particular, llama la atención acerca de este componente, fundamental de cara a calibrar el inexorable crecimiento del fútbol en una primera época, ajena por completo al desarrollo de la televisión y cuando era limitado el alcance de la radio:

En el principio fue la palabra. La palabra escrita. Antes que con la voz, con la radio, con la imagen televisiva, el deporte se contaba con palabras que despertaban la imaginación y el deseo de quien no podía verlo allí donde se competía. Los enviados especiales de los periódicos, sus escritores más talentosos y de imaginación más libre, contaban la acción reinventándola de acuerdo solo con su mirada soberana. Ellos tomaron prestada de Homero la épica para convertirla en un elemento inherente a la narración deportiva. Y la gozaron sus lectores que al día siguiente y hasta meses y años después la recreaban en su interior, y se seguían emocionando.¹⁶

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Arribas, Carlos: «El fecundo abrazo entre la literatura y el deporte», *El País* (17-VIII-2017), https://elpais.com/cultura/2017/08/16/actualidad/1502902921_541594.html (consultado 1-XI-2018). Queda seguir lamentando la falta de estudios sobre los primeros cronistas de fútbol de la historia, como es en ocasiones imposible tener acceso al conjunto de las crónicas que legaran aquellos primeros comentaristas en diferido. Francisco Mouat, por ejemplo, lamenta en particular la imposibilidad de dar con el trabajo de Diego Lucero, periodista uruguayo que cubrió todos los mundiales, desde el 30 al 94. Es apenas un caso. Aclaro además que al hacer este recorrido histórico estoy dejando fuera de la jugada la crónica deportiva periodística, no porque ésta adolezca de calidad literaria, sino por pertenecer a un género o subgénero en el que la ficción no debería tener protagonismo, por más que en ocasiones lo tenga y mucho. Pienso en particular en un clásico como pueda ser «Juan Polti, half back», de Horacio Quiroga (publicado originalmente en 1918 en la revista *Atlántida*). (<https://www.elgrafico.com.ar/articulo/1088/32523/juan-polti-half-back>). Sólo hay que

Hoy en día, la lamentada ausencia de Unamuno no es tal. Así, si evaluamos, por ejemplo, los datos que aporta el Ministerio de Cultura de España al respecto, pocas dudas caben sobre el exponencial interés que el fútbol ha ido acaparando entre las letras. Si entre 1900 y 1970, sólo aparecen listados 96 títulos que incluyan la palabra *fútbol*, en la década del ochenta van a surgir 163 y en la del noventa, este último número se duplica con creces. Pero será en la primera década del siglo XXI cuando su volumen impacte, llegando hasta los 818 volúmenes, número que se verá incluso incrementado en la presente década, cuando, hasta 2018, llegamos a contar con 918 títulos¹⁷.

Si esos números se refutaran como mero conteo grueso, propongo que calibremos (pensando en particular en Unamuno, pero por igual en Manguel y en Eagleton) el alcance de una alineación compuesta por los siguientes escritores. Fundamentalmente, me valgo para hacerla de los *Cuentos de fútbol* que editara Valdano en 1995. He aquí la selección: Bryce Echenique, Osvaldo Soriano, Javier Marías, Eduardo Galeano, Manuel Rivas, Roa Bastos, Fernández Santos, Mario Benedetti, Almudena Grandes, Eduardo Sacheri y Juan Villoro, comandados desde la banca por el genial Roberto Fontanarrosa y presididos, claro está, por el propio Valdano, ese “Benedetto Croce del fútbol universal”, como un tanto maliciosamente lo definiera Vázquez Montalbán¹⁸. ¿Ramplón elenco? Pudiera ser, yo lo concedo. De

leer el texto de Quiroga para caer en cuenta que su crónica (la de otra muerte anunciada, en este caso por la propia ‘cabeza dura’ del pobre Polti) anda mucho más cerca de eso que conocemos como literatura, que de las de no pocas crónicas, estilística e incluso gramaticalmente mendicantes, que a veces parecieran venir en nuestro acecho hoy en día.

¹⁷ Ministerio de Cultura, 2019, <http://www.mcu.es/webISBN/buscarLibros.do> (consultado 1-VI-2019). Por su volumen, destacaría la web ‘todostuslibros.com’, vinculada a la del ISBN España, que ofrece más de 4300 entradas con el vocablo *fútbol*. Por lo demás, que el fútbol tiene hoy buena prensa, lo atestigua también el referido Francisco Moaut, periodista, escritor y ahora también propietario de la librería chilena Lolita, quien apuntaba que en un “córner” de su librería dedicaba una sección al fútbol, contando con unos “80 volúmenes” (<http://cafedelosaboresbibliofilos.blogspot.com/2015/06/lolita-un-rincon-chileno-dedicado.html>). Yo mismo puedo dar fe de que en la librería Callao de Madrid existía hace dos o tres años una pequeña sección presidida por un futbolín, donde se podía dar con una buena muestra futbolera. En el ineludible mundo en línea, sirva como indicio el portal mexicano Futbolología o la Soccer Books Limited inglesa, entre otros muchos casos.

¹⁸ Vázquez Montalbán, Manuel: *Fútbol. Una religión en busca de un Dios*. Barcelona: Debate, 2005, p. 21. La inclusión de la colchonera confesa, Almudena

ahí que, para los más recalcitrantemente escépticos, para los que continúen renegando de la bonhomía del fútbol, tanto como deporte como, sobre todo, magma literario, me permito cerrar este apartado con dos citas más. La primera, de Dante Panzeri, repercute sobre el deporte con comedida garra: “El fútbol es el más hermoso juego que haya concebido el hombre, y como concepción de juego es la más perfecta introducción al hombre en la lección humana de la vida cooperativista”¹⁹. La segunda se busca en la palabra y corresponde al mismo Villoro de «El extremo fantasma», amparando el germen de la calidad literaria que reclamaba Unamuno y constatando la altura que puede alcanzar cualquier buen *testaferro*, es decir, aquel que logre dar núbicos boleones de cabeza:

Es el deporte que más se parece a la vida, donde el destino puede ser arbitrario y cualquiera puede ganar o perder. No puedes jugar al baloncesto sin ser alto; en cambio, puedes ser gordo y bajo y convertirte en Maradona. Si además dices una frase como ‘la mano de Dios’, te conviertes en mito. Eso es literatura.²⁰

BENEDETTI FRENTE AL ARCO: GOL. VILLORO FRENTE AL ARCO: TRAVESAÑO Y FUERA

Borges representa el desprecio al fútbol como pasión popular. ¿Cuál es la pasión del pueblo? Una cosa que se hace con los pies, porque el pueblo piensa con los pies. Ésa sería la posición de la derecha. La de la izquierda es el rechazo del fútbol como instrumento de alienación, como opio del pueblo, como diabólica invención del imperio británico para adormecer a los oprimidos del mundo. Entre esas dos posiciones hay muchos intelectuales y escritores que somos apasionados del fútbol.²¹

La cita con la que abro este tercer apartado viene a ser un centro medido con el que replantear esos amargos tres parece-

Grandes, en la alineación, es ajena a Valdano, al ser la «Demostración de la existencia de Dios» un largo cuento publicado en *Estaciones de paso*, libro que aparecía por vez primera en 2012.

¹⁹ Panzeri, Dante: *Fútbol, dinámica de lo impensado*. Buenos Aires: Mundo Moderno Paidós, 1967, p. 45.

²⁰ Villoro, Juan: *Balón dividido*. México D.F. Planeta mexicana, 2014, p. 189.

²¹ Galeano, Eduardo: *Cerrado por fútbol*. Madrid: Siglo XXI, 2017, p. 190.

res intelectuales respecto al fútbol que condensaba en el anterior apartado. Por esto mismo, sirve igualmente para realzar el valor de Benedetti cuando decide “saltar al césped” para acometer, solo ante el peligro, la redacción de «Puntero izquierdo» en 1954²². Para cuando Villoro escriba «El extremo fantasma», diría que no había ya otro peligro para el intelectual que emprendiera la redacción de un cuento sobre fútbol que el de darse de bruces contra el travesaño que niega el pasado, que aquí se identifica con el juego. Para Villoro, que como veremos, sigue a Javier Marías, ésta es la verdadera esencia del fútbol: “la recuperación semanal de la infancia”²³.

Aun a riesgo de pecar de iluso, decido comenzar invirtiendo el crono siguiendo a mi vez al propio Marías, cuando señala que es lo último que se ofrece lo que tiende a ser tenido como verdad²⁴. En otras palabras, antepongo el estudio del cuento de Villoro al de Benedetti, sólo por la apuesta que éste hace por el placer de jugar al fútbol (y recordemos con Huizinga que el ser humano es *homo* porque es *ludens*), apuesta que Villoro no puede permitirse repetir en su cuento, aun cuando éste nazca en

²² Benedetti, Mario: «Puntero izquierdo», EBooks Patagonia (Colección Benedetti Singles), <http://www.don-patadon.com/2013/08/puntero-izquierdo-de-mario-benedetti.html> (consultado 4-III-2019). No se puede obviar que si hay un país “futebolista” en el mundo a comienzos de los cincuenta, ese sería Uruguay. Ganador por dos veces de la Copa del Mundo, la segunda de ellas, acontecida en Río de Janeiro frente a la anfitriona Brasil en 1950, debía de estar muy viva en el recuerdo de Benedetti, y en el del resto de uruguayos, a la hora de redactar el cuento. Aunque sea una obviedad, no está de más recordar lo que ya entonces el sentimiento de identidad nacional debía al fútbol, tanto como desde sus victorias en los primeros Juegos Olímpicos de 1924 y 1928, considerados por la FIFA como mundiales oficiales. Como tal Mundial, la historia se abre en 1930 y en Uruguay, ganándolo también la albiceleste.

²³ Villoro, Juan: *Dios es redondo*. México D. F.: Planeta mexicana, 2010 [2006] p. 18. En *Dios es redondo*, en el capítulo segundo, apartado 3, «Los goles y el tiempo», Villoro se sirve de estas palabras de Nelson Rodrigues como cabecera: “Ay del club que no cultiva santas nostalgias” (*ibid.*, p. 59).

²⁴ Marías, Javier: *Pasiones pasadas*. Barcelona: Anagrama, 1991. En el artículo «Lo que no ocurre» (*Pasiones pasadas*) comenta Javier Marías un “espléndido ensayo” de Rafael Sánchez Ferlosio: “al analizar una película en la que los personajes que en principio parecían buenos resultaban ser malos y viceversa, hacía hincapié en el hecho de que la narración, tanto literaria como cinematográfica, se regía con frecuencia por unas normas que prestigiaban lo último, más o menos de acuerdo con la tradicional e ilusa idea de que «al final resplandece siempre la verdad». Si no recuerdo mal, la argumentación de Ferlosio no sólo se podría aplicar al cine o la novela, sino a muchos casos de lo que solemos llamar la realidad” (*ibid.*, pp. 163-164).

respuesta a aquél y, como aquél, comparta en el fondo la necesidad del juego, en general, y el apego al fútbol, en particular. Ambos cuentos, por lo demás, parten de un contexto similar que los aúna bajo la rémora de factores ajenos a su componente lúdico, *strictu sensu*, pero que quizás sean inalienables al desarrollo del propio fútbol, como pueda ser la presencia de una mano externa que insta o fuerza a no ganar, es decir, a dejarse perder. No siendo el único factor a considerar, sí que puede afirmarse que ambos cuentos son indicios de un presente en el que ese otro juego, que conocemos como apuestas, ha alcanzado una sobredimensión nunca antes vista.

Autor de varias novelas, entre las que se encuentra *El testigo*, Premio Herralde de novela en 2004, autor de un número aún mayor de libros de cuentos, traductor y escritor de teatro, de canciones, de guiones cinematográficos y de innumerables artículos o crónicas de opinión dentro y fuera de México, además de profesor de la Autónoma, me atrevería a decir que Villoro es quien más ha contribuido en castellano a la intelectualización del fútbol en las dos últimas décadas, y no sólo en México. Ya en *Los once de la tribu* (1995), Villoro inauguraba un estilo propio de literatura futbolera con la inclusión de tres crónicas dedicadas al deporte rey, a las que daría continuidad en dos volúmenes de ensayos. El primero de ellos fue *Dios es redondo* (2006), título que tomaba de la columna que publicara en el diario *La Jornada* con motivo de su corresponsalía en el Mundial de Francia (1998). El segundo, *Balón dividido*, aparecía en 2014. Entre medias, en 2012, se independizaba su «Vida y muerte de Diego Armando Maradona» (título de uno de los capítulos de *Dios es redondo*).

En el preámbulo («Calentamiento») a *Dios es redondo*, proclama Villoro partir de la idea de que “[e]l juego sucede dos veces, en la cancha y en la mente del público”²⁵. Tras indicar que su intención es ubicarse entre los intersticios de esas dos realidades y considerar por igual, tanto a los que gustan del fútbol como a los que lo critican, Villoro culmina su incisivo primer párrafo subrayando que toca el fútbol como “una exploración narrativa de las pasiones que suscita”²⁶. Resalto esta declaración de principios porque en su ficción, esta pasión brilla por su ausencia. Es más, para «El extremo fantasma» cabe decir que Villoro opta por centrarse en un fútbol que no es que no levante pasiones, es que ni siquiera está claro que guste lo más mínimo; sí que sabe-

²⁵ Villoro (2010), *op. cit.*, p. 13.

²⁶ *Ibid.*, p. 13.

mos, por el contrario, que es un fútbol que apenas se vive en la mente y poco o nada se sigue en el estadio. En este sentido, quizá no resulte indiferente que, en enclave tan proclive al realismo mágico como se nos presenta Punta Fermín, nada se nos revele como real maravilloso, nada como adivinación o negación poética de la realidad, sino todo lo opuesto: Punta Fermín, encarnación con ciertos visos esperpénticos, con su estadio de fútbol como único exponente creativo de agencia humana, sabe desde su arranque a los hierbajos y basuras que flotan en la desembocadura salobre del río. Todo, incluido su protagonista, el exjugador de fútbol Irigoyen, comparte con el adjetivo del título una condición que, en tanto fantasmagórica, resulta insoslayable hacia una posmodernidad adormecedora. Por lo demás, geográfica e históricamente hablando, Punta Fermín vendría a ser un no-territorio, un espacio parangonable a una plataforma flotante y, en cuanto a tal, ajeno a un México sólido: “un enclave petrolero que sólo aparecía en los mapas recientes”²⁷; “un nombre sin apellido que declaraba su falta de historia”²⁸; de ahí que hasta los propios lugareños digan de sí mismos: “Aquí todo es importado. Hasta nosotros somos de importación. ¿Quién va a nacer aquí?”²⁹.

La historia comienza *in medias res* con toda una declaración de principios, una prolepsis esquiva y premonitoria que tendrá su continuidad al final del relato, cuando Irigoyen abandone Punta Fermín en soledad, como un perro apaleado bajo el sol: “Aquí sólo el calor es real”³⁰. Punta Fermín, enclave ficticio ubicado a dos horas del aeropuerto de Cancún (imposible por tanto confundirla con la Punta San Fermín de Baja California), se nos describe como una entelequia (en su sentido filosófico) en el que el estado ha transferido la gestión del petróleo mexicano a manos privadas. Por las escasas referencias espaciales que se nos ofrecen, sería lícito especular con un espacio que podría circunscribirse entre Quintana Roo y el estado de Campeche, el único que no ha tenido equipos en la primera división del fútbol mexicano y sólo por un corto periodo de tiempo tuvo uno en segunda, aunque esto ocurriera después de escrito el texto de Villoro³¹. Si pensamos que el fútbol es hoy agente identitario

²⁷ Villoro (1995), *op. cit.*, p. 361.

²⁸ *Ibid.*, p. 363.

²⁹ *Ibid.*, p. 363.

³⁰ *Ibid.*, p. 359 y p. 372.

³¹ El último registro de un equipo en el circuito profesional fue el de Delfines del Carmen, fundado en el 2012 y que dos años después fue desafiliado. El

de primer orden, es decir, si pensamos que hay México donde hay fútbol (mexicano), la especulación geográfica me parece justificada, porque en esta no-villa, además, hasta los ríos son fantasmas (subterráneos) y las casas de quita y pon. Del resto de su elocuente descripción, destacaría que “[n]o había iglesia, ni plaza con kiosco”³². Punta Fermín se desestructura en torno al estadio, ajeno por completo a la vertebración urbana latinoamericana, tal y como la estudia, por ejemplo, el profesor Richard Kagan. Es más, en Punta Fermín sólo el estadio de fútbol parece albergar la única realidad tangible: “el poderoso delirio del vasco Uribe”³³, el dueño y señor de todo, incluyendo al equipo de fútbol que juega en él: Los Rayados Football Club. Lo más llamativo de esta descripción es que, dentro del mismo estadio, se encomienda la mansión del cacique, desde la que todo se ve: “desde el sillón de mimbre se dominaba el estadio y la cancha misma (las gradas recorrían el campo en herradura dejando libre la cabecera que daba a la mansión del propietario)”³⁴.

En lo que pareciera ser una ecuación sin incógnitas (el estadio es a la no-ciudad lo que Los Rayados es al no-fútbol), se expone a las claras el culto al simulacro de ese capitalismo tardío retratado teóricamente por Lyotard y puesto aquí en triste práctica narrativa por Villoro: “But capitalism in itself has such a capacity to derealize familiar objects, social roles, and institutions that so-called realist representations can no longer evoke reality except through nostalgia and derision”³⁵. Por esto mismo, quizás no haya mejor forma de marcar lo posmoderno de este equipo importado, sin hinchada o fanaticada, que subrayar su condición de franquicia, como se indica en el texto en más de una ocasión: un equipo de segunda gracias a la compra de una franquicia de un ‘equipo de tercera’³⁶. Los Rayados son, en otro orden de cosas, tan falsamente volátiles como la supuesta tribu indígena que da nombre al equipo, tribu “que habitó la zona, cazadores nómadas que se rayaban el cuerpo con cal y desapa-

propietario del club era el Grupo Oceanografía, del empresario Amado Yáñez, quien también era dueño del Querétaro: http://www.espn.com.mx/futbol/mexico/nota/_/id/29459999953/campeche-el-estado-en-el-que-murio-el-futbol.

³² Villoro (1995), *op. cit.*, p. 363.

³³ *Ibid.*, p. 359.

³⁴ *Ibid.*, p. 365.

³⁵ Lyotard, Jean-François: *Le Postmoderne expliqué aux enfants*. Paris: Galilée, 1988, p. 5.

³⁶ Villoro (1995), *op. cit.*, p. 362.

recieron sin dejar pirámides ni ofrendas”³⁷, como tal vez acaben desapareciendo o mudándose estos Rayados, aunque tras ellos, al menos, quede el estadio como señal del pasado. ¿Pretende tal vez Villoro hacer de este estadio una edificación concomitante con la condición de templo funerario que descubrimos en las pirámides y, de ser así, sería posible aventurar que tras este estadio, “el poderoso delirio del vasco Uribe”³⁸, vendría a atisbarse la postmoderna pirámide funeraria del fútbol mexicano?

Por lo demás, sea cual sea el alcance que concedamos a este aparentemente huero indigenismo, así como sea cual sea igualmente la intención que Villoro otorgue al nombre del equipo, que coincide con el de un muy reconocido club regiomontano³⁹, poco de honorable o de aguerrido es lo que se trasluce de la participación de estos Rayados en la segunda mexicana. Aun cuando contra todo pronóstico, el equipo, formado por “cinco veteranos de la primera división, una docena de novatos con más empeño que oficio y [...] cuatro refuerzos que exigió [el nuevo entrenador] con su contratación”⁴⁰ alcance inopinadamente la liga de ascenso a primera, dictados superiores niegan la posibilidad al clímax que aguardamos en un ascenso (real y narrativo) que corrobore los inesperados éxitos del rayado conjunto.

Nuestro protagonista, Irigoyen, es un futbolista de cierto renombre que, con 38 años y lesionado de gravedad, decide colgar las botas y aceptar la propuesta de dirigir Los Rayados. El antagonista es Uribe, el dueño de la franquicia que elige un entrenador sin experiencia precisamente por lo mismo, porque nadie esperaría de él que llevara al equipo al borde del ascenso. Por lo demás, es curioso y muy probablemente no aleatorio el nombre de ambos, pues en vasco vendrían a significar opuestos: Irigoyen, ‘el que está por encima del agua’, es decir, la cabeza visible, por más que acabe dejando Punta Fermín siendo un espectro fantasmal de lo que fue, como bien nos indica el título; del otro lado, Uribe, ‘el que está por debajo del agua’, la figura que dirige en la sombra⁴¹, cuya sobreimposición sobre

³⁷ *Ibid.*, p. 364.

³⁸ *Ibid.*, p. 359.

³⁹ Me refiero al Club de Fútbol Monterrey, fundado en la homónima ciudad en 1945.

⁴⁰ Villoro (1995), *op. cit.*, p. 366.

⁴¹ Agradezco a Jon Kortazar la espontánea referencia hecha a la traducción al castellano de estos dos apellidos vascos. A mi colega Patxi Ayo, gracias igualmente por sus especificaciones lingüísticas.

todo y sobre todos es tal vez el signo postmoderno más señalado, en la línea de denuncia que descubrimos en Galeano unos años antes y unos después en Vázquez Montalbán, al que cito: “[E]l fútbol ha perdido la lógica interna inicial que le acompañó hasta los años setenta y cada vez se acerca más a la condición de droga de diseño [...]. Los jugadores ya no son los sacerdotes fundamentales, como tampoco los feligreses son los dueños de la iglesia”⁴². A diferencia de lo que acontece en el cuento de Benedetti, en el que el goleador es el poeta, el semidiós cuya única religión se antoja el propio fútbol, el goleador de Los Rayados es un tipo religioso, que parece anteponer sus creencias cristianas, aunque acepte también el soborno, como harán todos sus compañeros, sin aparentes remordimientos morales. El puntero izquierdo de Benedetti (quien asimismo, como veremos, acepta el suyo), antepone sin embargo, quizás en su entrañable simpleza, el fútbol por sobre todas las cosas.

Templo, ayuntamiento y plaza, el campo de fútbol de los Rayados lo subsume todo, mas en forma vana, pues el fútbol que allí se juega es apenas producto del “sueño de mierda”⁴³ de Irigoyen, según le espetará Uribe a su entrenador cuando éste se niegue a aceptar el soborno que haga segura la derrota frente a Hidalgo en el definitivo partido de ascenso. Valga aplicar el pensamiento de Guy Debord para vislumbrar que, lo que el huero homo spectator ve en el estadio de los Rayados, es que “(t)he spectacle is capital accumulated to the point where it becomes image”⁴⁴; y poco más por lo que respecta al fútbol. Hago la apostilla porque, si cabe más elocuente que la profana-

⁴² Vázquez Montalbán (2005), *op. cit.*, p. 16. Que el cuento de Villoro se centre en el entrenador mientras que el de Benedetti lo haga en el jugador es, por demás, sintomático de tiempos divergentes, como ya advirtiera en 1967 Dante Panzeri (véase «El director técnico ideal», pp. 255-266, en: *Dinámica de lo impensado*). Por otra parte, no sería descartable que tras esa condición fantasmagórica del otrora extremo, se advirtiera también la ausencia de un sistema táctico más generoso en ataque en el que el extremo tuviera cabida. Si bien se piensa, hoy en día, y desde hace años, hablamos de interiores o de medios, de carrileros, de medias puntas, de delanteros, pero de extremos, ¿quién habla hoy de extremos, o de punteros? Por último, que el puntero o extremo sea izquierdo (y no derecho) me parece que tiene una lectura en clave política clara; quizás la tenga también en clave futbolística, como exponente de un fútbol de izquierdas, “que es creativo” (frente al de derechas, que es defensivo), según parecer de Jorge Valdano, recogido por Vázquez Montalbán (*ibid.*, p. 32).

⁴³ Villoro (1995), *op. cit.*, p. 372.

⁴⁴ Debord, Guy: *The Society of the Spectacle*. New York: Zone Books, 1995, p. 33.

ción del verde altar que descubrimos al final del relato, lo es la previamente bien perfilada hetairización de las gradas. En este reflejo de especulares prostituciones, el estadio deviene un gran burdel:

Desde el primer juego, el entrenador entendió la función secreta del estadio; en las gradas, los hombres del petróleo encontraban a las mujeres que llegaban en canoas y balsas de los caseríos cercanos y no pagaban la entrada. Irigoyen sabía de sobra que en el fútbol el público es un furor anónimo, pero a las cinco de la tarde algo distinguía a ese estadio: los gritos inconexos, el entusiasmo a destiempo, sugería que la gente hacía su propio juego.⁴⁵

Por si todo lo dicho fuera poco, no se debe pasar por alto que desde su misma llegada a Punta Fermín, Irigoyen será “tentado” por Olivia, una especie de mujer para todo que el veracruzano propietario Uribe mete “entre las sábanas” a su entrenador⁴⁶. Amante mediadora confidente, será Olivia quien primero intente que Irigoyen entre en razón: “Los equipos de la primera viajan en avión [...]. Además, el sindicato necesita un equipo en la segunda —Olivia cerró la pinza: no lo dejarían ganar”⁴⁷. Ante la negativa del entrenador novato a dejarse perder, habrá de ser el mismo patrón Uribe quien intervenga:

¿Sabes cómo conseguí mi franquicia? Gente de arriba, con la que no has soñado, necesita que los petroleros tuvieran otra diversión que las putitas tropicales. ¿Crees que nos dejarían llegar a primera? ¿Has visto pasar un avión por este pinche cielo? Nunca va a haber equipo en las fronteras. Aquí no se acaba la cancha, aquí se acaba el país.⁴⁸

La inevitable desfutbolización de la franquicia que Irigoyen aparenta dirigir, se circunscribe, se difumina incluso, bajo esta condición de gran prostíbulo que, en última instancia, pareciera hacérsenos concomitante de una realidad superior. Y si lo dicho cabe bajo el terreno exclusivo de la ficción narrativa, el cuento aporta también trazos reales que no hacen sino redundar en la misma idea de corrupción generalizada. Destaco a este respecto

⁴⁵ Villoro (1995), *op. cit.*, pp. 368.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 372.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 371.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 372.

los apuntes “reales” al flaco Menotti, que jalonan la narración a modo de espejo en el que se nos forma y deforma el rostro de Irigoyen. Por su explicitud, me quedo con esta referencia, que anticipa el propio fracaso de Irigoyen como técnico:

Se había hecho cargo de la selección y pensaba jugar al fuera de lugar en un país donde el Cruz Azul le sacó el campeonato al Atlético Español con tres goles en fuera de lugar; defendería el achique en canchas donde la táctica consistía en dejar crecer el pasto e inundarlo media hora antes del juego. Supo que Menotti estaba en México para joderse; también supo que ese fervor era transmisible.⁴⁹

Llegado el día del partido clave, no hará falta que Irigoyen dé su brazo a torcer, pues todo el equipo ha aceptado el soborno de buena gana. Aun lastimado en su fuero futbolístico (marcha derrotado, sin ese gol que es la salsa del fútbol) y puramente personal (Olivia lo deja ir sin decir siquiera adiós), las cotas cuasi esperpénticas que alcanza el negro relato de Villoro son tales que Irigoyen abandona Punta Fermín con el fajo de billetes que Uribe le colara a modo de reclamo, reclamo que había rechazado en primera instancia, pero al que no renuncia a la postre.

«Puntero izquierdo» es también la historia de un amaño, bajo el que se insta igualmente a dejarse perder. Si en el México de Villoro es la gran patronal la que orquesta en la sombra del fútbol profesional de la mano de Uribe, en el cuento de Benedetti, los instigadores son unos mafiosos de poca monta comandados por un tal Urrutia, patrón que controla el fútbol amateur de algunas de las zonas menos afortunadas de Montevideo. Hablamos de canchas desconocidas para el no nativo, de regional, como las de Torricelli, Catamarca, Cuchilla Grande, Deportivo Yi o Corrales, a cada cual peor, según nos relata el narrador autobiográfico. Canchas donde escupitajos, trompadas y amenazas varias son el pan nuestro, donde se llega hasta a agresiones que acaban con “el back de Catamarca en el nosocomio” o “con la vieja Ulpiana en un ataúd”⁵⁰, pero ante las que se antepone el placer de jugar, como si de un ritual arcaico se tratara. De este modo, el fútbol, en su simpleza, pero también en su complejidad social, surge del relato de Benedetti como “sacred play, indispensable for the well-being of the community [...]”

⁴⁹ *Ibid.*, p. 362.

⁵⁰ Benedetti (2013), *op. cit.*, p. 2.

but always play in the sense Plato gave to it — an action accomplishing itself outside and above the necessities and seriousness of everyday life”⁵¹.

Es precisamente por esto que el relato de Villoro se posiciona en las antípodas del de Benedetti, aun cuando compartan en el esquema argumental un clima similar de corruptelas (amaño de apuestas, comisiones por la venta de jugadores, involucración de los clubes en las actividades sindicales). Lo es también por más que el alcance de estos tejemanejes se quede en la poca monta, al ser el fútbol uruguayo que se nos comparte apenas de trasfondo amateur. Y aun cuando compartan igualmente el que todo gire en torno al puntero izquierdo, al extremo izquierdo, un tipo que más que por su posición en el campo se ha de definir por su conducta, como le indica a Irigoyen su compañero el Sordo, cuando ambos aún jugaban, —quizás cuando aún existía la posibilidad de jugar— que el presente de «El extremo fantasma» ya viene a negar: “«Lo más grave es pensar fuera del estadio; los directivos no lo perdonan», el *Sordo* hablaba como si su número 11 no representara una posición sino una conducta”⁵². Creo asimismo que el nombre de Urrutia (‘el que está lejos’ en vasco) es duplicado (Uribe e Irigoyen) por Villoro en su cuento no por casualidad; antes bien, también la nomenclatura sirve para anudar ambos relatos.

Hasta aquí llegan las similitudes. Son sus diferencias las que ejemplifican, en tanto que retratos sociales de su tiempo y lugar, el salto de épocas al que antes me refería, con su consecuente divergencia a la hora de sentir el fútbol. Y es que, en cierta medida, si Villoro recrea un partido bajo el signo posmoderno de la sociedad del espectáculo, en el que el simulacro es capaz de anular la realidad, con Benedetti a lo máximo que llegamos es al fingido teatro visible también en el fútbol uruguayo profesional, a tenor de la queja que profiere nuestro innominado protagonista de Wilson: “Aquí no es el estadio, con protección policial y con esos mamitas que se revuelcan en el área sin que nadie los toque. Aquí si te hacen un penal no te despertás hasta el jueves”⁵³. Más allá de esta interesada referencia al fútbol profesional, en Benedetti prevalece un espíritu de clan de alcance limitado, circunscrito a territorios perfectamente definidos, en los que diferenciar entre jugadores e hinchada resulta

⁵¹ Huizinga, John: *Homo ludens. A Study of the Play-Element in Culture*. Boston: Bacon Press, 1967, pp. 25-26.

⁵² Villoro (1995), *op. cit.*, p. 370.

⁵³ Benedetti (2013), *op. cit.*, p. 3.

un tanto baladí. Por más que se destaquen algunas pocas individualidades, como veremos, en «Puntero izquierdo» sobresale la acción de conjunto. Así al menos se deduce de lo que acontece en la cancha. Muy diferente, no obstante, es lo que sucede en la narración, protagonizada por un futbolista de aparentemente simple alcance. Un protagonista singularizado tras un yo que, en flujo de conciencia que no da lugar al diálogo, nos recuerda un poco a Lazarillo de Tormes.

Aunque no pueda recrearme en la comparación lo que debiera, me parece necesario apuntar la cercanía entre ese género que conocemos como picaresca y el género que instaura Benedetto al traer el fútbol a la literatura. Como el autor del *Lazarillo*, Benedetto rompe los esquemas del canon al tiempo que crea escuela, dando la palabra a un muchacho futbolero de baja estofa al que, como ocurría con las gentes de similar condición mediado el XVI, nadie “daba bola” en la seria literatura. Si Lázaro comienza hablando de sí a requerimiento de un narratario revestido de autoridad legal (Vuesa Merced), el chico anónimo, que se recrea asimismo y a sí mismo en «Puntero izquierdo», se dirige por igual a un narratario desde el mismo comienzo (“Vos sabés”) al que interpela buscando entre el perdón y la compasión: “Yo sé que para todos estuve horrible y no precisa que me pongas esa cara de Rosigna y Moretti”⁵⁴. Por lo demás, el mundo que nos recrea este goleador amateur es también podrido, como el que rodea al imberbe Lázaro. Hablamos de fútbol y de mafia, desde el intermediario don Amílcar, “que después de todo no es más que un cafisho de putas pobres”⁵⁵, al “doctor Urrutia, que ese sí es Director de Ente Autónomo”⁵⁶, pasando por una serie de matones que dejan la saña del clérigo de Maqueda contra Lázaro en *peccata minuta*. El Piraña, el Gallego, el Chiche, el Canilla (“todos manyaorejas de Urrutia”⁵⁷) harán que nuestro ‘desvalido’ puntero izquierdo quede tan medio muerto como Lázaro con el ciego, o con el referido clérigo de Maqueda. Advertimos en su relato también las mismas fórmulas discursivas, que se recrean en las penalidades sufridas para buscar la piedad del lector, que se nos reclama desde el mismo comienzo con esa especie de abrupta *captatio benevolentiae* (“Vos sabés”) que, más allá del narratario, busca que el lector se posicione también de su lado. Por último, el uso de alguna expresión voli-

⁵⁴ *Ibid.*, p. 4.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 4.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 5.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 11.

tiva de cierto resabio arcaico (“Dios nos libre y se los guarde”) nos trae a la memoria algunas de las soflamas auto exculpatorias que Lázaro tiene a bien compartir con el anónimo lector.

Que todo lo que nos relata Benedetti llegue en primera persona (frente a tercera de «El extremo fantasma») es una diferencia que se antoja sintomática. Benedetti desarrolla el intento de soborno en un futbolista en concreto, futbolista que, en primera persona, desde el hospital en el que se encuentra y ha de encontrarse por seis meses como resultado de la paliza que le propinan los matones de Urrutia, nos interpela en tanto que sobrepuestos narratarios. Lo que sigue es una especie de flujo de conciencia sin interpelación que valga, al modo que desarrolla Fontanarrosa en el cuento sobre fútbol de mayor enjundia que haya tenido el gusto de leer, «19 de diciembre de 1971», cuya deuda estilística con el relato de Benedetti me parece tan igualmente ineludible como es la de Villoro desde una perspectiva posicional (sobre el césped) y conceptual (sobre el papel). Quede claro que el narrador no oculta el intento de soborno, ni que se prestase al mismo (un mejor club, un mejor empleo), pero orgulloso de su decisión, se recrea en la imposibilidad (digamos que existencial, o cuanto menos vital) de cumplir con su forzada palabra cuando, tras fallar aposta goles cantados, desde el banquillo el entrenador le alancea tal que así: “¿Qué tenés en la cabeza? ¿Moco?» Eso, te juro, me tocó aquí dentro, porque yo no tengo moco”⁵⁸. Aunque la comparación se antoje infantil (quizás se trate de eso, precisamente), colijamos que el juego gana al trato. E incidamos en que lo hace de una forma ‘realista’, para nada maniquea, pues si bien nuestro puntero no puede mantenerse en su palabra (por la que había recibido 60 pesos por adelantado, por cierto) y se deja llevar por el placer del gol, su compañero sí mantendrá el acuerdo al que llega con don Amílcar: “lo de Murias fue una vergüenza. El pardo no disimuló ni medio... A los veintiocho minutos ya lo habían expulsado”⁵⁹. Frente a Murias, la narración del puntero izquierdo hace recaer sobre la portentosa actuación del *meyado* (sic) Valverde la victoria. Al proceder de este modo, la narración busca ubicarse en una especie de *mediocritas* imposible entre la rastrera actuación de Murias y la condición ese día infalible del golero. Por una parte, pues, la narración busca minimizar el impacto del gol, de su gol, el gol de la victoria. Pero, por otra, no se nos puede escapar que todo el texto no es sino una fina ilación que bus-

⁵⁸ *Ibid.*, p. 8.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 6.

ca acrecentar el valor del gol, de su gol. Cómo si no calibrar las palabras de nuestro goleador uruguayo cuando hace de la teoría (“the fun of playing, resists all analysis, all logical interpretation”⁶⁰) la más bella práctica al proclamar como un niño esto: “me saqué de encima a cuatro o cinco y cuando estuve solo frente al golero, le mandé un zapatillazo que te lo vogliodire y el tipo quedó haciendo sapitos pero exclusivamente a cuatro patas”⁶¹.

Junto a la primera persona, es el tono jocoso del relato en su conjunto lo que más y mejor queda en la retina del lector (humor que, dicho queda, brilla por su ausencia en el cuento de Villoro, lo que llama la atención sobremanera siendo Villoro autor proclive a su uso cuando habla de fútbol). Tal vez por esto mismo, en el obituario que dedicaba al periodista Eduardo Rodríguez, refería hace unos días Ramón Besa que aquél solía mantener el siguiente axioma: “Nada como la poesía para explicar el fútbol y nada como el humor para civilizarlo”⁶². Se me ocurre que es precisamente sobre ese humor desafortado (que nos acompaña desde el “vos sabés” hasta un final en el que el narrador confiesa —¿creíble?— que no tendrá más remedio que “bajar el cogote”⁶³ y claudicar ante Urrutia) que se deposita la grandeza de un deporte que invita a jugar por encima de todas las cosas; “Te viene una cosa de adentro y tenés que llevar la redonda”⁶⁴. Pero no olvidemos que, como acontece en el *Lazarillo*, todo lo que sabemos del caso nos llega por su propia boca, lo que fuerza la posibilidad de cuestionar su grado de compromiso con los hechos, que permanecen fieles al acuerdo con Urrutia salvo en el susodicho momento de felicidad futbolista. De ahí que diga no entender bien cómo es posible que, conseguido el gol de la victoria, “en seguida empezó a llegarme un kilo de putiadas, en la que reconocí el tono mezzosoprano del delegado

⁶⁰ Huizinga (1967), *op. cit.*, p. 3.

⁶¹ Benedetti (2013), *op. cit.*, p. 8.

⁶² Besa, Ramón: «Un beso, gurú», *El País* (11-III-2019), https://elpais.com/deportes/2019/03/10/actualidad/1552257237_642761.html (consultado 7-VI-2019).

⁶³ Benedetti (2013), *op. cit.*, p. 12.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 4. Nada mejor que estas palabras de Huizinga para reflejar desde la teoría la salida de tono que aquí nos narra Benedetti: “the consciousness of playing being ‘only a pretend’ does not by any means prevent it from proceeding with the utmost seriousness, with an absorption, a devotion that passes into rapture and, temporarily at least, completely abolishes the troublesome ‘only’ feeling”: Huizinga (1967), *op. cit.*, p. 8.

y la ronquera con bitter de mi fuente de recursos”⁶⁵ —se refiere a Amílcar, el hombre de confianza de Urrutia—. Lo que sigue es un cúmulo de agravios *in crescendo*, que arranca con los “podrido, mamarracho, tramposo, andá a joder a Gardel” de Amílcar y sigue con el *addendum* de estos otros ‘piropos’ en boca del delegado: “pata sucia, maricón y carajito”⁶⁶. El resto se lo pueden imaginar: acabado el partido, una paliza en toda regla que postra al puntero seis meses en la cama de un hospital, desde donde ‘se’ nos narra, entre los cuidados paliativos de una enfermera que se atisba en las antípodas de Olivia.

PRÓRROGA

Puestos a recrear futbolísticamente las parejas de opuestos que suelen aducirse para asentar modernidad frente a postmodernidad (“[t]hey depend on each other for meaning/difference. They are identifiable as such only through comparative differentiation”⁶⁷) pensemos en estos contrarios tal y como los perfilan Benedetti y Villoro de cara a entender cómo algo tan pedestre como el fútbol puede hacernos entender nuestra historia más reciente: juego/deporte; lúdico/serio; voluntario (amateur)/profesional; tiempo libre/tiempo laboral; bello y sagrado/ feo y profano. Es más, podríamos aducir igualmente que donde el dinero no llega, el dinero vence; que donde por una madre se lucha (y una enfermera se entrega), una especie de prostituta controla; que donde el barrio, o los barrios, y Montevideo, y la nación, el no-país y la no-historia; que donde el entrenador es, el entrenador figura; que donde al ir por la vida sin espinilleras, la simulación sobreimpone una realidad virtual; que donde el desparrame cuasi pícaro, la absoluta ausencia de humor; que donde la primera persona, la tercera; Benedetti y Villoro, respectivamente, en cada caso.

Valdría también referir, en la estela vista de Pasolini, que donde Benedetti ve poesía en la pelota, un *prosaico* Villoro sólo la añora, rezumando desolación. Pero tal desolación no es sino una crítica a un estado de cosas, conforme, por ejemplo, a la distinción entre posmodernidad y postmodernismo establecida por Linda Hutcheon. Si la primera es “the designation of a

⁶⁵ Benedetti (2013), *op. cit.*, p. 9.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 11.

⁶⁷ Kramer, Eric Mark: *Modern/Postmodern. Off the Beaten Path of Antimodernism*. Westport, CT: Praeger, 1997, p. 13.

social and philosophical period or 'condition'"⁶⁸, es decir, el tiempo que vivimos, la segunda es una prueba de las expresiones culturales que en ocasiones surgen para rebatir la conocida como lógica del capitalismo tardío⁶⁹. Es sobre esta última rama donde encontramos el relato de Villoro, relato que rezuma desafección hacia una sociedad posmoderna en la que el poder del dinero, como señaló Jean-François Lyotard, se aviene a moldear cualquier necesidad:

Mais le capitalisme a par lui-même un tel pouvoir de déréaliser les objets coutumiers, les rôles de la vie sociale et les institutions, que les représentations dites «réalistes» ne peuvent plus évoquer la réalité que sur le mode de la nostalgie ou de la dérision, comme une occasion de souffrance plutôt que de satisfaction.⁷⁰

Quede claro que no se atisba en Villoro eclecticismo político, ni pragmatismo ético, ni relativismo en el conocimiento histórico; no triunfa tampoco en el espíritu del relato la ideología hegemónica del liberalismo que representaría Uribe, ni atisbamos especulación alguna sobre una posible falta de creencia en el discurso, así nos refiramos a un microrrelato. Al contrario, si algo gana es el fútbol, aunque sea por su ausencia. Corroboraría, por lo demás, este aserto lo mucho que sobre el mismo ha escrito Villoro desde el ensayo, del que destacaría esta pincelada: "En la ciudad de México el sentido de pertenencia no depende de las personas ni del paisaje. Todos se van y todo se derrumba. Una calle es para nosotros lo que estuvo (la infancia, el Necaxa.) Por eso vale la pena"⁷¹. Quizás por eso mismo Villoro se nos muestra en «El extremo fantasma» tan inopinadamente

⁶⁸ Hutcheon, Linda: *The Politics of Postmodernism*. New York: Routledge, 2002, p. 23, 2ª ed.

⁶⁹ "Much of the confusion surrounding the usage of the term postmodernism is due to the conflation of the cultural notion of postmodernism (and its inherent relationship to modernism) and postmodernity as the designation of a social and philosophical period or 'condition'. The latter has been variously defined in terms of the relationship between intellectual and state discourses; as a condition determined by universal, diffuse cynicism, by a panic sense of the hyperreal and the simulacrum. The manifest contradictions between some of these designations of postmodernity will not surprise anyone who enjoys generalizations about the present age" (*ibid.*, p. 23).

⁷⁰ Lyotard, Jean-François: *The Postmodern Explained. Correspondence 1982-1985*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1992, p. 18.

⁷¹ Villoro (2010), *op. cit.*, p. 21.

serio, porque representando el fútbol “la última frontera legítima de la intransigencia emocional [...] rebasarla significa traicionar la infancia”⁷².

No obstante las diferencias entre ambos, uno y otro caso valen por igual para denunciar la manipulación política y la especulación económica, por más que, después de todo, ambos sean factores inalienables a la propia constitución del deporte, a la transformación del juego en, precisamente, deporte. En este sentido, apuntaba en la introducción que el fútbol, en tanto que práctica cultural, se manifiesta como un excelente conductor a la hora de diseccionar una sociedad. Voy ahora un paso más allá de la mano de Federico Corriente y Jorge Montero en *Citius, altius, fortius* para avalar la permutación de estos términos:

En la actualidad el deporte ha dejado de ser un espejo en el que se refleja la sociedad contemporánea para convertirse en uno de sus principales ejes vertebradores, hasta el punto de que podríamos decir que ya no es la sociedad la que constituye al deporte, sino este el que constituye, en no poca medida, a la sociedad.⁷³

Decía Dante Panzeri que “el fútbol es la ciencia oculta de lo imprevisto”⁷⁴ y como tal, limpia materia para la narración. Espero haber demostrado que así es, en efecto, tanto por lo que aportan literariamente por separado como por lo mucho que ofrecen cuando se les descubre hablando entre sí. Como espero que se acepte la propuesta de que Benedetti busca y consigue que prevalezca el espíritu poético, que es el que mejor se avendría a plasmar el juego (el gol), mientras el segundo se contiene aposta en su prosa, reconociendo, en primer lugar, que vivimos ‘malos tiempos para la lírica’, como cantaba Germán Copini: el deporte (el no-gol). Sea como fuere, si «El extremo fantasma» es un canto con el que Villoro reconoce la condición de guía moral de este Benedetti más canchero, es decir, su *auctoritas* (*auctoritas, non veritas, facit legem*), quizás también, al así narrarse, el escritor mexicano no pareciera sino clamar por su parte en la potestas, aun si en flagrantemente desdichado fuera de juego.

⁷² *Ibid.*, p. 18.

⁷³ Corriente, Federico/ Montero, Jorge: *Citius, altius, fortius. El libro negro del deporte*. Logroño: Pepitas de calabaza, 2011, p. 12.

⁷⁴ Panzeri (1967), *op. cit.*, p. 45.

BIBLIOGRAFÍA

- Arribas, Carlos: «El fecundo abrazo entre la literatura y el deporte», *El País*, 17-VIII-2017, https://elpais.com/cultura/2017/08/16/actualidad/1502902921_541594.html (consultado 1-XI-2018).
- Benedetti, Mario: «Puntero izquierdo», EBoooks Patagonia (Colección Benedetti Singles), <http://www.don-patadon.com/2013/08/puntero-izquierdo-de-mario-benedetti.html> (consultado 4-III-2019).
- Besa, Ramón: «Un beso, gurú», *El País* (11-III-2019), https://elpais.com/deportes/2019/03/10/actualidad/1552257237_642761.html (consultado 7-VI-2019).
- Buitrago, Juan D.: «Polémica en Argentina por mezcla de fútbol y literatura en la Filbo», *El Tiempo*, 2-V-2018, <http://www.eltiempo.com/cultura/musica-y-libros/director-de-biblioteca-argentina-pide-perdon-por-pabellon-de-futbol-en-la-filbo-212436> (consultado 1-XI-2018).
- Camacho, Mariano J.: «Unamuno y el football», *Cartas esféricas*, 28-IX-2009, <https://cartasesfericas.wordpress.com/2009/09/28/unamuno-y-el-football/> (consultado 1-XI-2018).
- Corriente, Federico/ Montero, Jorge: *Citius, altius, fortius. El libro negro del deporte*. Logroño: Pepitas de calabaza, 2011.
- Debord, Guy: *The Society of the Spectacle*. New York: Zone Books, 1995.
- Eagleton, Terry: «Football, a Dear Friend to Capitalism», *The Guardian* (15-VI-2010), <https://www.theguardian.com/commentisfree/2010/jun/15/football-socialism-crack-cocaine-people> (consultado 1-XI-2018).
- Galeano, Eduardo: *El fútbol a sol y sombra*. Madrid: Siglo XXI, 2006.
— *Cerrado por fútbol*. Madrid: Siglo XXI, 2017.
- Huizinga, John: *Homo ludens. A Study of the Play-Element in Culture*. Boston: Bacon Press, 1967.
- Hutcheon, Linda: *The Politics of Postmodernism*. New York: Routledge, 2002, 2ª ed.
- Kramer, Eric Mark: *Modern/Postmodern. Off the Beaten Path of Antimodernism*. Westport, CT: Praeger, 1997.
- Lambert, Andrew: «The Way of the Football Fan as the Life of Virtue», en *e*, Open Court Publishing, 2010, pp. 218-220.
- Lyotard, Jean-François: *Le Postmoderne expliqué aux enfants*. Paris: Gallimard, 1988.
— *The Postmodern Explained. Correspondence 1982-1985*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1992.

- Marías, Javier: *Salvajes y sentimentales*. Barcelona: Mondadori, 2011.
— *Pasiones pasadas*. Barcelona: Anagrama, 1991.
- Mouat, Francisco: «Lolita, un rincón chileno dedicado a libros de fútbol durante la Copa», entrevista, 19-VI-2015, <http://cafedelosaboresbibliofilos.blogspot.com/2015/06/lolita-un-rincon-chileno-dedicado.html> (consultado 1-VI-2019).
- Panzeri, Dante: *Fútbol, dinámica de lo impensado*. Buenos Aires: Mundo Moderno Paidós, 1967.
- Pasolini, Pier Paolo: *Sobre el deporte*. Barcelona: Contra, 2017.
- Quiroga, Horacio: «Juan Polti, half back», *El Gráfico* (26-IX-2018), <https://www.elgrafico.com.ar/articulo/1088/32523/juan-polti-half-back> (consultado 1-XI-2018).
- Redacción: «Borges y la pelota», *El Gráfico* (12-VII-2016), <https://www.elgrafico.com.ar/articulo/1089/11242/borges-y-la-pelota> (consultado 1-XI-2018).
- Restrepo, Carlos: «Abre sus puertas la Feria del Libro, con sabor gaucho», *El Tiempo*, 17-IV-2018, <https://www.eltiempo.com/cultura/musica-y-libros/argentina-pais-invitado-de-honor-a-la-feria-internacional-del-libro-de-bogota-205914> (consultado 1-XI-2018).
- Valdano, Jorge: *Cuentos de fútbol*. Madrid: Alfaguara, 1995.
- Vázquez Montalbán, Manuel: *Fútbol. Una religión en busca de un Dios*. Barcelona: Debate, 2005.
- Villoro, Juan: «El extremo fantasma», en: Valdano, Jorge (ed): *Cuentos de fútbol*. Madrid: Alfaguara, 1995, pp. 357-376.
— *La casa pierde*. Madrid: Alfaguara, 1998.
— *Dios es redondo*. México D. F.: Planeta mexicana, 2010.
— *Balón dividido*. México D.F.: Planeta mexicana, 2014.